

Encuentro del Sol¹

Ana Viking²

Cuando la Tierra aún era vista como la fuente o madre de toda vida y el Sol se reconocía como su padre protector, había una tribu de hombres y mujeres sabios muy conocida por todos sus vecinos, los Buchú. Decían que fue la primera de todas en instalarse en ese lugar y que siempre tuvieron agua y alimento en abundancia. Estaban organizados de manera jerárquica, pero en dicha jerarquía no primaba la fuerza, sino la sabiduría. Junto con el jefe máximo gobernaba un consejo de mujeres y hombres sabios que mantenía la armonía al interior de la tribu, así como entre ésta y sus vecinos, pero de manera muy especial entre la tribu y la Naturaleza.

Decían que la abundancia de las aguas venía de un lago situado al interior de las montañas, que originaba varios ríos que regaban el fértil valle donde se asentaba la tribu. Sin embargo, después de eones de abundancia, un día el agua comenzó a escasear y nadie se explicaba por qué. Más allá de este misterio, se originaron disputas por el vital elemento al interior de dicha tribu. Mientras los hombres desviaban los cursos de agua para que pasaran por el lado de sus tiendas, las mujeres protagonizaban riñas en los deltas de los ríos, en tanto los niños se

¹ Este cuento fue escrito por inspiración de Vicente y Joaquín, estudiantes de Beauchef, quienes, en octubre de 2016, se internaron en la montaña para regalarnos su vida.

² El apellido es un acrónimo de Vicente y Joaquín, en tanto Ana es el nombre de aquella abuela “cuentacuentos” que hacía dormir a su nieta en las noches de Luna.

colaban en las tiendas vecinas para extraer las vasijas con el preciado tesoro. Y lo que comenzó con el agua, siguió con la comida, los animales e incluso el robo de esposas. Ello, por cierto, acrecentó la desconfianza y sembró el miedo en el lugar.

El consejo de hombres y mujeres sabios se reunía preocupado para desentrañar el porqué de esta situación y llegó a la conclusión que en el lago se había instalado un monstruo enorme, que no solo se tragaba toda el agua, sino también el amor y la confianza de las personas, eructando temor y desconfianza. ¿Pero por qué había sucedido todo esto?

De pronto, los miembros del consejo se acordaron de que, hace algún tiempo, había habido entre ellos otro hombre sabio, pero que era un tanto extraño; hablaba demasiado para ser considerado realmente sabio, por lo que fue marginado y ya no participaba de las reuniones del consejo. Pensaron, entonces, que se trataba de una venganza de ese hombre y decidieron desterrarlo. Dicen que el hombre hasta el final alegó inocencia y que se fue muy triste a un lugar, muy, muy lejano.

Como los problemas continuaban y el consejo no lograba descifrar el misterio, éste decidió llamar a una mujer con poderes mágicos, que vivía en las profundidades del bosque. Era una ermitaña, conocida como “Luna”, que de vez en cuando salía del bosque para ayudar a solucionar algún problema puntual de cualquiera de aquellas tribus que se asentaban en aquel territorio. Cuando la mujer llegó a Buchú lo primero que quiso hacer fue arrancar. Respiró arrogancia por una sabiduría que ya no era tal, desconfianza entre los más viejos y mucho temor entre los más jóvenes y personas más vulnerables. Sin embargo, ella había venido con una misión, por lo que decidió quedarse, no sin antes haber invocado al Sol para que la iluminara y derramara sobre ella su poder.

Fue así como la ermitaña comenzó a deambular entre las gentes acompañada por el Sol, mientras éste posaba sus rayos sobre algunas personas que parecían ser distintas. Así, entre el Sol y Luna se escuchaban los latidos de algunos diáfanos corazones, la mayoría de las

veces de los más jóvenes. Había cierta inocencia en ellos, que generaba un resplandor de pureza y de amor. Fue así como Luna comenzó a llenarse de esperanza y comprendió que la salvación de la tribu estaba en aquellos jóvenes. Con ellos trabajaría para llevar a cabo su misión. Entonces descansó para tener más energía en la noche, que era cuando ella preparaba sus rituales de magia blanca.

Mientras Luna descansaba, el Sol posó sus rayos sobre dos hermosos y fuertes muchachos, a quienes les mostró un sendero que iba a la montaña. Los jóvenes no lo pensaron dos veces y subieron al encuentro del Sol. Cuando Luna despertó, vio a toda la tribu alborotada. Los muchachos no regresaban y sus familias habían dado la voz de alarma. El consejo de la tribu estaba reunido y mucha gente se había agolpado a los pies del cerro donde los jóvenes habrían comenzado su travesía. Empezaba a hacer frío, el cielo se había nublado y pronto oscurecería.

Luna corrió a su bosque, pues debía adelantar su magia. En el camino se encontró con Rayo Mágico, un mago amigo de ella. Se había hecho conocido en otras tribus por encontrar agua y sanar a personas muy enfermas. Luna sabía que si Rayo Mágico estaba ahí no era casualidad y le contó lo que había acontecido en Buchú. Rayo Mágico sacó su varita y de pronto disparó un rayo de ella, el cual apuntó a un lugar en la montaña. —“Ahí están”, le dijo y desapareció.

Luna volvió corriendo a Buchú. Esperó que los hombres y mujeres del consejo salieran de su reunión para informarles dónde estaban los muchachos; sin embargo, no la quisieron escuchar. Fue a la tienda donde se encontraban reunidas las familias de los muchachos perdidos y, si bien la escucharon, desconfiaron de lo que les decía. Entonces Luna comprendió que la desconfianza de la tribu también era hacia ella y que su magia no era compatible con la sabiduría que manejaban los ancianos de la tribu.

Luna se fue triste a recorrer Buchú y comenzó a dudar de su propio poder. No obstante, la sombra de su tristeza enmarcó la luz de aquellos jóvenes que habían sido iluminados por el Sol y que aparecieron

como faros dispuestos en círculos en toda la aldea. La desconfianza desaparecía en medio de ellos y parecían no temer a nada; decidieron, pues, salir a buscar a sus amigos, mientras Luna volvía a creer en el poder del amor, que sustentaba tanto su magia como el valor de estos jóvenes.

Sin embargo, al despuntar el Sol, el cerro ya había sido tomado por los guerreros de Buchú y los jóvenes no pudieron pasar. Hacía mucho tiempo que los guerreros de Buchú no salían en alguna misión. Normalmente eran buscados por tribus amigas para que los apoyaran en alguna batalla, pero eso hacía mucho tiempo que no ocurría.

Esta misión era diferente, porque no había más enemigo que la propia ignorancia, la ignorancia de no saber dónde buscar. Tal adversario había sido desconocido hasta ahora por esa tribu de mujeres y hombres sabios. Sin embargo, en la medida en que buscaban y no encontraban a los muchachos, apareció también esa otra enemiga que hace tiempo los acechaba, la desconfianza. Fue así como algunos guerreros comenzaron a desconfiar de quien los comandaba y se internaron en la montaña por su propia cuenta.

Empero, nadie siguió la ruta del corazón, el sendero de aquellos muchachos que —guiados por el Sol— buscaban el origen del mal de la aldea que yacía ahí abajo y a la cual querían devolver su resplandor. Sí, ellos se encaminaron a matar al monstruo del lago, aquél que se tragaba el amor, la confianza y el agua que otrora daba vida a la tribu. En efecto, la misión de estos jóvenes no se cumpliría hasta que aquel monstruo no muriera. Sin embargo, los días pasaban y nada se sabía de aquellos muchachos que la montaña se negaba a devolver.

Mientras tanto, en la tribu reinaba la desolación. Hasta hace muy poco la preocupación de todos había sido el agua, pero ¿de qué sirve el agua, si no se puede beber con aquellos que se ama? De pronto, los hijos de aquellas familias eran los hijos de la tribu, y sus hermanos, los hermanos de todos. Ya nadie temía ser robado, pero nadie robaba; ya nadie temía no tener agua, pero nadie tenía sed; lo único que importaba era encontrar a aquellos muchachos.

Una de esas noches, cuando Luna volvió a pasear por la aldea, se dio cuenta que aquellos círculos de jóvenes, que había visto cuando recién los muchachos se habían marchado, ahora habían crecido y no solo había jóvenes allí, también había hombres y mujeres mayores que, mientras la veían pasar, rogaban a la Luna que les diera un indicio de dónde buscar a los muchachos.

Esa noche, antes del amanecer, Luna invocó al Sol contándole lo que había visto. El Sol se conmovió y derritió la nieve que cubría el cerro. Ahí aparecieron los cuerpos de los muchachos, sí, solamente los cuerpos, porque sus almas ya habían volado libres a la eternidad. Aparecieron apenas a unos metros del gran lago que por tantos años había provisto a Buchú de agua. Allí los encontraron los guerreros que, ahora unidos, celebraban —no sin un dejo de tristeza— el hallazgo. Sin embargo, hubo algo más por qué celebrar: el lago había recuperado su nivel de agua y el monstruo había desaparecido.

—¿Qué ocurrió?, preguntó Luna al Cóndor cuando éste bajó de la cima.

—El monstruo no pudo con tanto amor, replicó el Cóndor. —Trató de impedir que los muchachos se acercaran al lago exhalando su hálito sobre el camino que ellos seguían, pero no comprendió que sus cuerpos no eran necesarios para que ellos lo vencieran.

Sí, ellos traían el amor por su tribu y Buchú sintió este amor y lo volcó con fuerza hacia donde estaban los muchachos. Ese amor llegó hasta el monstruo, quien abrió sus fauces para tragárselo; sin embargo, era demasiado y finalmente ¡explotó! Era el momento exacto en que salía el Sol. El amor, allí derramado, se fundió con la nieve, la que, convertida en agua por el Sol, llegó a Buchú. Los muchachos habían devuelto el agua y el amor a su tribu. Habían cumplido su misión y Luna volvió a la profundidad de su bosque.

Santiago, 30 de octubre de 2016